

## CAPÍTULO II.

Llega á Galicia el P. Landès. — El Clero y el pueblo piden el restablecimiento de los Jesuitas. — Se funda un colegio en Tarnopol. — El arzobispo Raczyński entra de nuevo en el Instituto. — Entusiasmo con que reciben los gallicianos á los Jesuitas. — El emperador Francisco II visita á los Jesuitas. — Decreto imperial librando á los Jesuitas de todas las medidas hostiles tomadas por José II. — El cólera en Galicia. — El archiduque Fernando y el arzobispo Pistek. — El P. Dunin y los estudiantes pobres. — Los Jesuitas en Styria. — El P. Loeffler en Gratz. — El archiduque Maximiliano les abre la fortaleza de Linz. — Entran en los Estados austríacos. — Política del Austria. — La libertad religiosa en Inglaterra. — Situación de los Jesuitas y de los Vicarios apostólicos. — El colegio de Lieja. — Los Jesuitas se retiran á la Gran Bretaña. — Cédeles Tomás Weld la tierra de Stonyhurst para que moren en ella maestros y discípulos. — Nuevas disposiciones de los ánimos. — Dejan los anglicanos de demostrarse hostiles á la Compañía. — Progresos de la libertad. — El P. Plowden y el P. Lewall. — Emancipación de los Católicos. — Bill contra los votos religiosos. — Fundan los Jesuitas algunos colegios. — Edifican diferentes iglesias. — El puseísmo y las conversiones. — Los Jesuitas en Irlanda. — El P. Callaghan les sostiene. — Funda el P. Kenney el colegio de Clongowes. — Sistema de embrutecimiento puesto en obra contra los irlandeses. — Procuran los Jesuitas hacer prevalecer las ideas de religion y moral. — Secundan los esfuerzos del R. Mathews, fundador de las Sociedades de Templanza. — Los Padres en Holanda. — Sus trabajos para conservar el Instituto. — El jesuita Fonteyne y los Padres de la Fe. — El príncipe de Broglie, obispo de Gante. — Ofrece un asilo á los Jesuitas. — Carácter de Guillermo de Nassau, rey de los Países Bajos. — Sus instintos monárquicos y sus relaciones revolucionarias. — Discusion entre el Rey y los Obispos de Bélgica. — Los Jesuitas expulsados de su casa por la fuerza armada. — El príncipe de Broglie les ofrece su palacio. — Condena del Obispo de Gante. — Ejecucion del juicio. — Guillermo hace salir á los Jesuitas del palacio episcopal. — Reprimen la indignacion de los Católicos. — Emigran. — El Padre Le Maistre en Bélgica. — Los Jesuitas son el punto de vista de la oposicion católica y liberal. — Apela Guillermo á la arbitrariedad. — Resistencia á la autoridad. — Los constitucionales de Bélgica se unen con los Católicos. — Sres. de Gerlache y de Potter. — Revolucion de Bélgica. — Son los Jesuitas nuevamente llamados. — El P. José de Diesbach y el conde Sineo della Torre en Suiza. — Los Jesuitas en el Valais. — Fontanes y los Padres. — La Universidad imperial hace justicia á los Jesuitas. — Táctica de los radicales suizos contra la Compañía. — Jesuitas antiguos y modernos. — Son llamados por el gran Consejo de Friburgo. — Mision del P. Roothaan en el Valais. — Gregorio Gérard y su sistema. — El Obispo de Lausana y los Jesuitas. — El

motin contra los Jesuitas. — Fundacion del colegio de Friburgo. — Trabajos de los Padres de la Compañía. — Están en Dusseldorf, Brunswick y Dresde. — El P. Gracchi y la familia real de Sajonia. — El P. Ronsin convierte al Catolicismo al duque y la duquesa de Anhalt. — El P. Beck y los protestantes de Koeten. — Progresos de los Jesuitas en Suiza.

Continuaban, sin embargo, los Jesuitas de Rusia el camino del destierro, no obstante de haber entre ellos hombres eminentes tanto por sus virtudes como por la ciencia y los servicios que habian prestado y debian prestar aun á la Iglesia. Los PP. Billy, Roothaan, Ramon Bzrozowski, Rozaven, Landès, Richardot, Balandret, Pierling, Galicz, los dos sobrinos del célebre Poczobut, Coince, Lange, Zranicki, Asum, Dunin, Orlovski, Koriski, Suryń, Kruski, Cytowicz, Brown, Loeffler, Stibel, Korsak, Guillemaint, Nisard, Kulak, Buczynski, Markyanowicz y Parkowski estaban al frente de esta legion de proscritos. Unos se proponian pasar á Italia, otros se dirigian hácia Francia, al paso que los demás marchaban directamente á Galicia. Pidieron estos últimos permiso para atravesar los Estados austríacos, á lo que accedió el baron de Hauer, gobernador de la provincia, mandando fuesen acogidos como apóstoles perseguidos á causa de su fe. Ocupábanse á la sazón los habitantes de Tarnopol en la fundacion de un colegio, por lo que pidieron al baron de Hauer, que hiciera pagar al Instituto la hospitalidad tan generosamente ofrecida, invitando á los Jesuitas á que se encargaran de hacer progresar el establecimiento en cuestion, lo que seria para todas las familias una prenda de seguridad. Á este fin se dirigió el Barón á Luis Ankwicz, arzobispo de Lemberg, para que le secundara en su propósito, considerando así el Prelado como el Gobernador una gracia inesperada de la Providencia el paso por sus dominios de los desterrados de Rusia. Hoffmann y Poniatowski, canónigos de la metrópoli del rito latino, y Samuel Stefanowicz, que llegó á ser despues arzobispo de la metrópoli armenia, tomaron bajo su proteccion á aquellos religiosos sin asilo, que con tanto empeño se disputaban las ciudades católicas.

Á fin de no servir, empero, por mas tiempo de carga ó gravámen á sus nuevos protectores, se puso el P. Landès en marcha para Viena con una parte del rebaño confiado á su custodia, á cuya capital llegó el 7 de junio de 1820. Si bien permitia á los Jesuitas la corte de Austria atravesar las provincias de su imperio, prohibíales, no obstante, permanecer en ellas, á menos que consintiesen en



abandonar su Orden. Los Jesuitas, que acababan de renunciar á sus bienes, sus colegios y sus misiones de Rusia por no acceder á aquel suicidio, no debian por cierto esperarse de que se les impusiese la misma condicion por el sucesor de José II, si deseaban permanecer en sus Estados. El conde de Sauran expuso en una memoria dirigida al emperador Francisco los motivos que militaban en favor de la admision de la Compañía, y en su vista le invitó el Príncipe á tratar con el P. Landès. Habia querido Francisco II conocer personalmente á los Jesuitas, y hacerse dar cuenta de sus trabajos y de sus esperanzas: así es que en una audiencia concedida á los PP. Swietockowski y Landès, les dijo: «Sé cuánto habeis sufrido por la Religión, y yo, emperador católico, no debo permanecer insensible á vuestros tormentos. Á pesar del clamoreo de aquellos que os detestan sin conoceros, os abro las puertas de mi reino de Galicia, «bajo las mismas condiciones con que se abrieron un dia á vuestros «antiguos Padres. Os señalaré rentas para que puedan vivir en él «cincuenta jesuitas, y si algunos de vuestros estatutos no están en «armonía con las leyes del Estado, os autorizo para que os dispon-  
«gais á obtener la dispensa.»

En 13 de marzo de 1820 proscribía el Emperador de Rusia á los Jesuitas; al paso que el 20 de agosto de aquel propio año les ofrecia el Emperador de Austria una nueva patria. La tempestad que hacia mucho tiempo estalló en Alemania rugia todavía: la guerra hecha al principio demagógico habia despertado, por el contacto de las ideas y por el entusiasmo de los pueblos, sentimientos de independencia religiosa y de manumision en el corazon de la Germania. Era por lo tanto necesario conducir paulatinamente los ánimos hácia las realidades de la vida y á las exigencias de la situacion. Cansado Francisco II de las sacudidas violentas que habian agitado el primer periodo de su reinado, aspira junto con el príncipe de Metternich á calmar la Europa. Despues de tantas luchas gloriosas, llegaron á convencerse el Soberano y el Ministro, que el único medio que habia para llevar á feliz término el vasto plan que entrambos meditaban, era la educacion. Fundáronse en consecuencia dos colegios, uno en Tarnopol y otro en Lemberg, los cuales llegaron á ser en poco tiempo tan florecientes, que aumentó la poblacion de Tarnopol en mas de la mitad, y acudieron de todos los puntos de la Galicia las familias para confiar sus hijos á los Padres del Instituto. Hasta los mismos judíos se dejaron llevar del general ejemplo; lo-

graron acallar las preocupaciones de su raza, queriendo que sus hijos fuesen educados por los hijos de san Ignacio.

Pronto el eco del bien que hacian los Jesuitas resonó por todos los ámbitos de Alemania, y sobre todo en el corazon del príncipe Raczynski, arzobispo de Gnesen y primado de Polonia, el cual antes de la supresion de 1773 habia sido miembro de la Compañía. Habia pasado su juventud ocupado en los trabajos y pruebas que deben preceder á la profesion, pronunciando luego los solemnes votos, que al fin de su carrera le hicieron abrazar de nuevo el yugo que en su juventud soportara con tanta felicidad. Solicitó y obtuvo de la Santa Sede el permiso para abdicar las dignidades de la Iglesia; y despues de algunos años que pasó en el Gesu de Roma, convertido el anciano Arzobispo en simple jesuita, tomó el camino de Galicia. Tenian los Padres una residencia en Przemysl, que se le destinó por retiro, y en la que murió el Príncipe jesuita, mientras que Antonio Gotasza, obispo de la poblacion, sentaba los cimientos de un noviciado para la Compañía. Formábase al propio tiempo otro noviciado en Stara-Wies, á pesar de no ser, como lo indica su nombre, mas que un villorrio, y de contravenir hasta cierto punto los Padres á la voluntad del Fundador colocando allí un noviciado, por haber prescrito aquel que todas las casas consagradas á la vida interior debiesen fundarse en las ciudades. Loyola calculó, sin duda, que para llenar debidamente los Jesuitas su alta mision, no convenia acostumbrar demasiado los jóvenes á la soledad; á mas de que en este caso les hubiera sido imposible practicar lo que él les encargaba de catequizar al pueblo, visitar los hospitales y las cárceles, y ponerse en contacto con todas las necesidades y dolores. Es innegable que una aldea ó villorrio no podia ofrecer esta diversidad de ocupaciones; pero las circunstancias eran decisivas; debia accederse al ardiente deseo de las poblaciones, por lo que la necesidad triunfó de los consejos de san Ignacio.

Á los dos años de su ereccion, contaba ya el colegio de Tarnopol mas de cuatrocientos alumnos: en el mes de octubre de 1823 quiso el Emperador alentar con su presencia á maestros y discípulos, siendo recibido por el P. Pierling en aquella casa improvisada, que no tardó en improvisar una nueva poblacion al rededor de sus muros. La generacion naciente iba acostumbrándose á las ideas de trabajo y de orden; los Jesuitas, cuyo número aumentaba cada año, iban extendiendo cada dia mas el beneficio de su apostolado; él



pueblo agradecido sentia por ellos el mas profundo respeto ; los Prelados les empleaban en todas las obras del ministerio , y la fama de su sabiduria y sus virtudes iba extendiéndose hasta las mismas puertas de Cracovia. Pedro Klobuszycki, arzobispo de Colocza y su antiguo hermano en el Instituto , les invitó á pasar á Hungría , á lo que accedieron siendo instalados por el príncipe de Lobkowitz y el obispo Tomás Ziegler en la antigua abadía de los Benedictinos de Tyniec. Tratóse de reformar un pueblo pobre y que estaba entregado á la embriaguez por inclinacion y por sistema : los Jesuitas, mas pobres todavía que él, se dedicaron á esta mision laudable. Véseles desafiar los rigores del invierno para distribuir á aquellos hombres groseros el pan de la palabra de vida ; no omiten sacrificio alguno por lograr el fin propuesto, que por cierto raya en lo imposible, hasta que con su perseverancia increíble llegan á desterrar del corazón de aquellos hombres medio salvajes un vicio que de tan arraigado en ellos debia ser considerado como una segunda naturaleza. En aquellas excursiones evangélicas fue donde murió Potrykowski, jóven noble ruso que abandonara su país por hacerse jesuita, víctima del peso de las fatigas de su penitente vida y caridad ardiente. Seguia el Gabinete de Viena con ojo atento los progresos y tendencias de la Sociedad ; la contemplaba en su continua pugna con los obstáculos de toda clase que se oponian á su marcha triunfante, recogiendo admirado de boca de los gobernadores de provincia los justos elogios que hacian del Instituto. En el mes de noviembre de 1827 quiso el Emperador, en conformidad á un decreto de la Cancillería de corte, fecha del 22, dar á los Padres una prueba oficial de su régia confianza.

«En la esperanza, decia el Soberano, de que los Jesuitas admitidos en mi reino de Galicia prestarán servicios útiles á la instruccion y educacion de la juventud, como tambien que darán socorros temporales á los pastores encargados de la cura de almas ; que pondrán un freno saludable á la impiedad y á la corrupcion de las costumbres ; que sabrán hacer de sus discípulos buenos cristianos y vasallos fieles, contribuyendo con esto á la verdadera civilizacion y á la felicidad de mis súbditos :

«Me digno acceder á la respetuosa demanda que me han presentado, permitiéndoles vivir en mi reino de Galicia, segun las Constituciones de su Orden y los votos que prestaron en su Instituto.

«Por tanto les permito continuar su correspondencia con el Ge-

neral de su Orden, sin que pueda inquietárseles por la observancia de la disciplina, ni por ninguna de las demás causas referentes al régimen interior y á sus Constituciones aprobadas por la Iglesia.

«Sin embargo, en cuanto á lo concerniente á las funciones sacerdotales, la celebracion de los divinos oficios, la predicacion, el ministerio de la confesion y los socorros temporales prestados á los pastores de las almas, deberán los Jesuitas someterse á los Obispos ; de modo que únicamente su régimen interior y el sosten de la disciplina deberán estar reservados á los superiores de la Orden, segun lo previene su Instituto.

«Á fin de evitar que los religiosos de la Orden enviados fuera del país vengan á ser extraños á la vida de comunidad, deberán presentárseles los socorros del santo ministerio en Galicia conforme lo previenen los Estatutos de la Orden, esto es, bajo la forma de misiones ; debiéndose entender el Padre provincial con los Ordinarios tanto por las personas que deberán emplearse, como por la duracion de las misiones.

«Por lo concerniente á los estudios teológicos que se hagan en las casas de la Orden, deberá observarse lo prevenido en mi decision de 24 de agosto de 1827.

«En cuanto á los demás estudios, no me opongo á que sigan el método prescrito por su Instituto, ni á que sea la direccion confiada á los superiores de la Orden. No obstante, los libros clásicos que adoptarán los Jesuitas en sus escuelas deberán someterse á la inspeccion y aprobacion de las autoridades competentes ; y sus alumnos deberán sufrir los exámenes en el modo y forma que está prescrito en mis Estados.»

De este modo empezaba la Sociedad de Jesús á reconstituirse en Alemania, á adquirir el derecho de ciudadanía y á desarrollarse á la protectora sombra del cetro imperial. Tranquilos y apacibles transcurrieron algunos años bajo el provincialato del P. Loeffler, ó sea hasta el mes de mayo de 1831, en cuya época invadió el cólera el reino de Galicia. Mudas de asombro quedaban las poblaciones ante aquel azote desconocido<sup>1</sup>, reinando como era natural por todas par-

<sup>1</sup> Antes de los estragos que hizo el cólera-morbo en los años 1831 y 1832, no reconocia la Europa esta enfermedad como epidémica. Apareció este azote por primera vez en el mes de agosto de 1817 en una aldea del Indostan situada en un terreno pantanoso, no muy distante de las bocas del Ganges. La humedad que penetró en las oscuras habitaciones de aquel villorrio, á consecuencia



tes el espanto y el terror : los habitantes del campo se lanzaban á las ciudades para implorar socorro, al paso que los moradores de las ciudades huían al campo para evitar el contagio. La Galicia solamente perdió mas de noventa y siete mil de sus hijos, y la activa caridad de los Jesuitas parece aumentarse á medida del terror universal que reina en todas partes : hiere de repente un nuevo golpe á los gallicianos y á los Padres. Un solo miembro de la Compañía, llamado Wiesiclewicz, destinado al servicio de los soldados á quienes atacó la enfermedad, sucumbe en medio de ellos<sup>1</sup>. Sostenidos los demás religiosos por su caridad y su valor, parecían estar enteramente al abrigo de la enfermedad, cuando en la noche del 3 de mayo de 1831 cayó un rayo en el colegio de Tynieć, que habia venido á ser el cuartel general de los Padres, por ser el punto desde el cual se lanzaban á ejercer sus obras de abnegacion y caridad doquiera les llamara la voz de los magistrados. Hizo el voraz incendio tan rápidos progresos, que los habitantes, testigos del desastre, comprendieron que los Jesuitas se verían obligados á buscar un asilo léjos de ellos: para evitar aquella retirada cuya sola idea sumía á los gallicianos todos en la mayor desesperacion, se ofrecieron á reconstruir el monasterio que cediera el Emperador á sus apóstoles. Habia centuplicado el cólera asimismo la miseria, y para no separarse el pueblo de los hijos de Loyola, se obliga á compartir con ellos sus insuficientes

de las lluvias que ocasionaron la avenida de algunos torrentes, fue, segun se dice, el origen de esta enfermedad. Al ver los vómitos, contracciones de nervios y demás espantosos síntomas que precedieron á la muerte del primer atacado, creyeron los indios que era un veneno. Pero se propagó tan rápidamente el azote, que ya no se dudó de que era una epidemia, siendo entonces tan general el terror, que se dispersaron los habitantes por todas partes llevando doquiera el germen del mal. En el espacio de seis años invadió el cólera una latitud de mil leguas sobre dos mil ochocientas de extension, causando la muerte á nueve millones de habitantes. Despues de haber recorrido la China, los imperios de Siam, de Bengala, de Persia y otros diferentes confines del Asia, se declaró en los cuerpos de tropas rusas que hacían la guerra en la Georgia, las cuales lo llevaron á Rusia, y desde allí pasó á la Galicia.

<sup>1</sup> Passerat, vicario general de los Redentoristas de Austria, escribia en 2 de julio al jesuita Nisard que á la sazón se hallaba en Galicia: «Os felicito, mi reverendo Padre, así como á toda vuestra santa Sociedad, por la especial proteccion que acaba de dispensaros la Providencia durante la calamidad que aflige vuestras comarcas y que amenaza las nuestras. Pero ¿acaso no debía el Ángel exterminador tener ahora el mismo respeto por el cordero que llevais, que el que tuvo en otro tiempo por la imágen de su sangre?»

recursos : no habia un momento que perder, la indigencia amenazaba, y las necesidades de toda clase iban á hacerse sentir mas vivamente que nunca. Sin embargo, los Jesuitas comprendieron que no podían abandonar á un pueblo cuyas lágrimas parecían imponerles la obligacion de sufrir como una deuda de reconocimiento hácia él; decidieron quedarse en un país herido á la vez de tantos desastres. El cúmulo de males que asediaba á aquel pobre pueblo por doquiera, fue causa de que tuvieran los Jesuitas á él mas apego.

Todas las poblaciones les vieron desafiar la muerte con faz serena para alentar ó servir á los enfermos; por esto creyó mas tarde la familia imperial, que nadie mas que ella debía recompensar tan heroicos sacrificios. Así es que el año 1833 visitó el archiduque Fernando las casas de la Compañía de Tarnopol, Stara-Wies y Sandetz, y despues de haberse declarado su protector, les dió públicamente las gracias por la caridad y ardiente celo que habían desplegado en los momentos del peligro. Para consagrar esta justicia, hizo el Emperador en 1834 aumentar de quinientos florines la renta que el Estado hacia á cada establecimiento. Francisco Pistek, arzobispo de Lemberg, y el archiduque Fernando manifestaron el deseo de fundar un nuevo colegio en la misma capital de la Galicia; deseo que se vió inmediatamente cumplido.

Era tan popular en Alemania el nombre de los Jesuitas, como en los tiempos de Canisio, Possevino y Hoffæe: en Tarnopol sobre todo supo el P. Pablo Dunin adquirirse entre los estudiantes tal celebridad, que no tardó en ser su nombre conocido y respetado de todas las familias. Este eminente varon, cuyo solo nombre será siempre una de las glorias de su patria, tuvo á menudo ocasion de observar que era la pobreza para muchos jóvenes distinguidos por sus talentos un obstáculo que les impedia continuar su carrera; por lo que se dedicó resueltamente á moderar en ellos cuanto le fuese posible el rigor de su estrella. Á fin de asegurar á aquellos jóvenes los medios de instruirse sin que debiesen ruborizarse á los ojos de los demás por una indigencia que podia humillarles, pidió él de puerta en puerta. Cuando hubo reunido las limosnas que nadie osó negar á su beneficencia, repartió secretamente el oro recogido entre los estudiantes pobres que él solo conocia, continuando esta obra piadosa, á la que debió su celebridad mas de un sábio de Alemania, hasta su muerte, acontecida el 16 de agosto de 1838.

Nacen los bienhechores á medida que los Jesuitas expenden el



beneficio: en todos los puntos do propagan ellos la virtud por medio de la educacion y la elocuencia, hacen revivir el espíritu cristiano. El conde Ladislao Tornowski, la condesa Inés Mier, el consejero de Estado Szaniawski, y los principales del reino se asocian á sus piadosas obras. Tan pronto se ve á los Jesuitas llevando el consuelo hasta el fondo de los hospitales y las cárceles, como arros-  
trar todos los peligros para hacer penetrar algunas ideas de moral y de arrepentimiento en el corazon de los encarcelados en las mazmorras de Lemberg. Demasiado estrechos los límites de la Galicia para contener su ardiente celo, ábreles el Gobierno mas ancho campo en el año 1829, ofreciéndoles la Styria y los Estados austríacos. El benedictino Zaengerle, príncipe-obispo de Gratz, fue el primero que ofreció á los Jesuitas una residencia en Gleisdorf, para empezar un noviciado. Pensaba activamente este Obispo en la reforma de su clero, y como creyese que los mejores cooperadores que para lograrlo podia adquirir, los encontraria en la Compañía de Jesús, pidió al Gobierno les permitiera establecerse en Styria. Era el objeto principal del Gabinete de Viena inducir á los Padres á crear una provincia alemana enteramente distinta de la provincia de Polonia. El P. Loeffler, que aceptó este compromiso, obtuvo un decreto imperial en 22 de noviembre de 1828; y en 2 de abril del año siguiente, el P. Everardo Mayer, acompañado de dos jesuitas mas, tomó posesion del convento de Gleisdorf. Como se oponian algunos intereses particulares á aquella primera fundacion que debia reportar un interés general, no tardaron en verse los Jesuitas sin asilo, y en verse obligados, por estar en comunidad, á instalarse en una casa donde vivian numerosas familias y hasta una cantora del teatro. Esta situacion tan extraña como precaria no les desconcertó en lo mas mínimo; como tiene toda sociedad en sí una vida distinta del individuo que pasa y muere, el Instituto de san Ignacio, convencido de esta verdad, sabe admirablemente adherirse á todas las circunstancias, por mas contrarias que le sean. Hemos tenido ocasion de verlo por espacio de tres siglos en sus contiendas con los hombres de genio, de fuerza ó de accion, y de las que salió triunfante siempre su perseverancia. Creyó un Pontífice que podia dar muerte al Instituto; procuró, aunque á su pesar, descargar tan gran golpe al Catolicismo; pero por medios independientes de su voluntad salió la Compañía de Jesús triunfante del sepulcro anticipado en que la encerrara Ganganelli. Tambien en esta ocasion supo conocer la

Compañía sus altos destinos, y vencer cuantos obstáculos materiales se oponian en Alemania á su acrecentamiento.

Los Padres enviados á Styria nada pedian para sí, nada para su Orden: solo se dedicaban á soportar los sinsabores y privaciones inherentes á toda nueva fundacion que cuenta con poderosos enemigos. Nacen á cada paso nuevas dificultades, que, sin preocuparse, saben los Jesuitas dejar al tiempo el cuidado de resolverlas: vencidas ya, ni les enorgullece su triunfo, ni les desalienta una derrota. Al verles tan indiferentes sobre todo lo que no afecta la integridad de la Santa Sede ó los cimientos de la sociedad religiosa, diríase que no tienen ningun peso, ni la victoria ni los reveses, en la balanza de sus deberes; con igual sumision aceptan los Jesuitas el gozo que el dolor. Fueles imposible encontrar en Gratz una morada conveniente; no importa, sabrán instalarse en cualquier parte, aguardando resignados el dia en que esta morada se presentará. Hace durante este tiempo el P. Støger resonar en las iglesias su palabra inspirada, y no tardan en formarse novicios entre el bullicio del mundo, y algunas veces hasta entre las delicias de los mismos teatros. Tres años transcurrieron de aquel modo, antes de que se regularizara aquel estado excepcional; entonces entraron en el noviciado, con diez y siete jóvenes de distincion, Jacobo Stopper, secretario del Príncipe-obispo, y Javier Werminger, doctor en teología: cuatro meses despues habia ya duplicado el número de los profesos.

El archiduque Maximiliano, el Vauban <sup>1</sup> de Alemania, profesaba á los Jesuitas un afecto tan puro y fundado, como el de que Walsstein, Spinola, D. Juan, Sobieski, Condé, Turena y Villars, les habian dado en mas de una ocasion tantas pruebas. Vió en 1835 Maximiliano por sus propios ojos la posicion difícil en que se hallaban los Jesuitas nuevamente establecidos en Gratz: como estaba encargado de fortificar la ciudad de Linz, protegida ya en parte por su posicion topográfica y por el Danubio que corre á sus piés, convierte en casa de campo una de las primeras torres que hizo levantar junto al Fregenbergo, uniendo á ella una hermosa iglesia gótica. Para dar á sus trabajos un carácter puramente religioso, propuso al benedictino Tomás Ziegler, obispo de Linz, ofrecer al Instituto

<sup>1</sup> Vauban, mariscal de Francia; fue el primer ingeniero de su tiempo, y sin duda el mejor que ha tenido la Francia. Murió en 1702.

(Nota del Traductor).



aquella casa, que por su estratagema habia venido á ser enteramente inútil á la fortificacion. El 10 de agosto de 1837 se instalaron los Jesuitas en ella; el Archiduque quiso completar su obra, concediendo á los Padres el usufructo de las tierras lindantes con el nuevo colegio, y asignándoles una renta capaz de mantener á treinta jesuitas en aquella montaña que inmortalizó su genio militar.

No habia recibido el Austria á los Jesuitas con entusiasmo, pero sí con la conviccion del bien que reportaria de su enseñanza. La experiencia de Francisco II le hizo recibir con la mayor confianza á los hijos de san Ignacio; amábales por tradicion de familia, por gratitud y sobre todo como un nuevo lazo que debia para siempre unirle con sus pueblos: este amor que no tenia, sin embargo, nada de expansivo, hizo que les obligase el Monarca á ganar á palmos el terreno que se proponian conquistar con sus prodigios de caridad, ó propagando las luces de la verdadera civilizacion hasta los puntos mas recónditos. Calculaba de antemano el Gobierno austriaco sus proyectos, y cuando los tenia ya sazoados con toda la madurez de la calma, los ponía en planta con una determinacion irrevocable: no debia dar á nadie cuenta y razon de sus actos mas que á sí mismo; ni quería que estos actos evocasen censores en la opinion pública. Todo se hacia discretamente y por medio de un trabajo invisible; pero estas formas silenciosas, y absolutas en apariencia, redundaban siempre en bien de los pueblos, cuyas justas aspiraciones eran atendidas.

Sin embargo de su natural reserva, no dejaba el Gobierno duda alguna sobre los sentimientos que abrigaba con respecto á los Padres. En cada poblacion donde hacia oír un jesuita la palabra divina, se agrupaba á la iglesia un pueblo inmenso, ávido de escucharla; los frutos de bendiccion quedaban justificados por el Clero secular, el cual en todas partes saludaba la llegada de los misioneros como un especial beneficio. Tanto en el seno de sus colegios, como en medio de las ciudades y los campos, mostraban los Jesuitas ser siempre los mismos. El príncipe de Metternich, que tal vez no les acogiera con la mayor confianza por haber sido educado en la escuela de José II y de Kaunitz, y experimentara por lo mismo una repulsion secreta nacida del contacto de las prevenciones que el odio ó la impiedad supieron fomentar contra los Jesuitas, supo no obstante con su entendimiento recto y despejado discernir prontamente la verdad de la mentira con la cual quiso sorprendersele.

Habíanle pintado á los Jesuitas como unos ambiciosos que aspiraban á todos los poderes para derrocar á cuantos no quisiesen soportar el yugo del Instituto; pero el príncipe de Metternich con aquella calma investigadora que es el sello de su política, conoció que solo podian los Jesuitas ser peligrosos ú hostiles á las malas pasiones. Desde entonces les permitió, sin darles por ello muestras visibles de proteccion, así como tampoco se las dió de oposicion alguna, acudir al llamamiento de los Obispos y de todos los Católicos. Su nombre fue un eco bienhechor que despertó la fe en todas las almas; sus lecciones hicieron revivir las buenas costumbres, al paso que su amenidad hacia muy grato á la juventud su provechoso estudio; pudiendo desde entonces dedicarse con la mayor libertad á los incesantes cuidados del apostolado por medio del púlpito, la educacion y la caridad.

En 17 de octubre de 1838 confió el emperador Fernando á los Jesuitas su antiguo colegio de Innsbruck, á instancias del conde de Wilchez, gobernador del Tirol y de todos los Estados de aquella provincia. Fueron tan rápidos los progresos de este colegio, que á los dos años tuvo el P. Pedro Lange, su primer rector, el gusto de ver que ascendia ya á trescientos ochenta y siete el número de sus alumnos. Sin un apoyo manifiesto por parte del Gobierno, lo que vino á ser para los Jesuitas un bien real, supieron estos en algunos años de lucha levantar su Instituto de entre las ruinas en que parecia estar para siempre sepultado. Sin pedir al Gobierno mas que el derecho de anunciar la moral del Evangelio y de compartir los dolores y angustias con los que sufrían, lograron dar á su Sociedad renaciente esa segunda vida que es tan difícil comunicar á las corporaciones. Nada fue capaz de contener ó reprimir el ardiente celo de los Jesuitas en Alemania; ni las antiguas falsedades que se reproducen sin cesar contra ellos, ni las nuevas calumnias que se sembraron para recoger odios, ni cuantos otros medios inventó el espíritu revolucionario y anticristiano para destruir de raíz una Sociedad naciente, cuya heroica resistencia acababa de exasperar su furor. Este duro combate, que continúa todavía, y en cuyas fases hay algo de tan profundamente instructivo para la Alemania, solo ha servido hasta ahora para dar á los Jesuitas mucha mayor extension y aumentar el número de sus admiradores. No es el Gobierno austriaco de aquellos que por debilidad demuestran á sus adversarios mas deferencia, de lo que demuestran estimacion ó fidelidad á sus